

## La vela

Descargué las cajas al lado del coche una noche de invierno, vi la casa de mi vida: ahí crecí y ahí morí.

Había dejado todo atrás, mi enfermedad me había obligado a tomar una nueva vida, tenía que resucitar. ¿Y en que mejor sitio podemos hacerlo que donde recibiste todo el amor?

Llega un momento en la vida de uno que dice: "Tengo que parar". El cerebro te dice: "Sigue hasta el final". Las piernas le dicen: "Detente". Aquí había sido una médica en noviembre que me dijo: "Para, o morirás", y esta vez de verdad.

Subí las últimas cajas las dos plantas que tiene la casa de mi madre. Aún olía a ella. Entré en el comedor y vi la vela que llevé en su entierro en el mueble del comedor.

Ella se había ido hacía exactamente diez meses. Llevaba dieciocho años luchando contra el cáncer. Nadie sabe el número de goteros que recorrieron por sus venas. Pero ella seguía ahí en la vida, coqueta. Cómo decía ella: "Me pinto los labios, salgo al mercado y todo está bien". Era una diva con una enfermedad.

Me partieron en dos. Con ella vivía en simbiosis, eramos uno en dos. No había momento en el que no sabía donde supiera dónde estaba. Me apoyaba, me guiaba con un cariño y con amor abismal. Recuerdo aquel día que me dijo: "¿Vas a ver a Florence?", y yo sorprendido le dije que sí. Como si fuera de la familia mi cantante favorita. Una señora segorbina acordándose de una cantante indie que le canta a las drogas y a los momentos oscuros.

Me vino "Shake it out" a la cabeza mientras giraba tres veces las llaves tres para entrar en su casa, esa casa que ahora sería mía. En el recibidor volví a olerla.

En el momento que ella se fue viví el caos, la incertidumbre, la locura de una vida que todo el mundo quiere, pero que se quiere vivir lejos. Una vida que da miedo.

Ahora los fines de semana serían tranquilos. Ya no estaría en discotecas rodeado de hombres. Ya no tendría a un click de distancia a un hombre entre mis piernas. Ya no consumiría hasta caer rendido. Ya no tendría planes contantes. Ya no viviría como aquella persona que nació al irme de aquí.

La segunda versión de mi se creó en el momento de pisar los límites de este pueblo. Ahí dejé de ser ese niño al que le hacían bullying y siempre fue el segundón de clase. Pasé de ser el "marica" a ser un "maricón orgulloso". Pero eso tienes sus límites y yo los sobrepasé. Los viví y los disfruté como si fueran míos. Viví esa homosexualidad tóxica que algunos creen que es la realidad, y que a algunos, al sentirlo un refugio nos llega a consumir.

Llevaba siete meses sin poder entrar a esta casa, aquí había fallado. Había sido un fracaso verla partir, dejé que la vida se me la llevara. Fallé y mucho. Pero ahí estaba yo, en casa, para arreglarme.

El recibidor aún tenía las llaves dónde ella las había dejado. Un paquete de Zara con ropa que había pedido pensando que se la pondría en la próxima primavera,

ropa de su perrita y un jarrón con flores de tela. Y en una esquina una maceta vacía, le encantaban las plantas.

Dejé las cajas en el suelo, rápido y con la misma inquietud que cuando te tropiezas en la calle y miras a los lados por si alguien te ha visto hacer el ridículo.

Volví a la puerta, la cerré y volví a bajar los dos pisos hasta el coche a recoger a Guido, mi galgo español cojito. Los dos empezábamos esta vida aquí juntos, de nuevo. Un claro símil de cuando lo adopté. Llegó pesando siete kilos, la pierna rota, cara de asustado y miedo a lo nuevo. Él volvió a renacer. Costó, pero conseguí que confiara, jugara y viviera como un perro normal. Sus ojos desde entonces son un mar de amor.

Los dos nos dirigimos a las escaleras, subimos y volvimos a cerrar. Solté un suspiro, en mi cerebro sonó una voz que decía "Juan, esto ya es real". Era la voz de mi madre.

La casa era alargada con seis puertas a cada uno de los lados. A Alicia le habrían puesto un frasco al final del pasillo dónde pusiera "Bébeme", y tras hacerlo se haría muy grande. Pero no había nada. Solo el olor de mi madre, ese olor a rosas mezclado con suavizante que era tan característico de ella. Me daba miedo que ese olor al entrar por mi nariz estimulase tales recuerdos que me bloqueara, pero no fue así. No hubo bloqueo, andé hasta mi habitación y me desvestí.

Con el pijama de cuadros puesto me decidí a enfrentarme a la hamburguesa que había comprado de camino, previendo las pocas ganas que tendría de cocinar una vez llegase a casa. Una serie estaba en la tele; tardé quince minutos en dormirme en el sofá, abrazado a Guido.

Realmente, en el final del pasillo sí que había algo, lo que pasa es que no lo había visto.

Las ventanas eran nuevas, no pasaba el frío, pero sí el sonido. Algo me despertó, algo huracanado, algo que me hizo como agitarme. Pensé que era un sueño. Achaqué a mis nervios esa sensación, la ignoré. Miré el reloj: eran las dos de la madrugada. Solo pensé en irme a mi habitación, tapé a Guido con su manta y me fui a mi habitación a arrojarme en mi cama de toda la vida.

Era raro. Guido nunca me despierta. Lo escuché de fondo llorando y ladrando. Nunca molesta. Pensé que el cambio lo habría inquietado. Lo ignoré.

Había una extraña calma. Los vecinos de abajo siempre se escuchaban desde mi habitación cuando se iban a trabajar. Hoy no.

Buso el móvil para mirar la hora, pero no estaba. Me lo dejaría en el comedor por la noche. "Ahora iré a recogerlo", me dije. Prefería dar tres vueltas más a la cama y remolonear. Pero Guido seguía ladrando. Me preocupaba que le cogiera manía a la casa desde el primer día, al fin y al cabo, el plan era quedarse aquí para siempre. Me decidí a levantarme e ir a ver que pasaba.

No era consciente lo que me esperaba al salir. Mi habitación está justo a mitad del pasillo. Si miras a la derecha ves el final del pasillo justo en la habitación de mi madre. Si miras a la izquierda ves las puertas del comedor y detrás toda la sierra a través de las ventanas.

Abrí la puerta de la habitación, y al fondo del pasillo, había una planta de grandes hojas en un tono indefinido entre morado y granate, como un rábano. ¿Era una monstera? La escalera de mi casa estaba presidida por una monstera. Para mi pensar en monstera es pensar en casa. Pero las monstera eran verdes. No entendía nada. Yo había traído plantas, sí, alguna monstera, también, pero estaban en la terraza. Pensé que alguien de mi familia la había subido otro día sin decírmelo. Aún así, su color me resultaba extremadamente familiar.

Giré a la izquierda. Las puertas del comedor no estaban, y la luz era muy potente. Por un momento, pensé que me había dormido hasta el mediodía y que ya llegaba tarde a todos los planes que había programado. Pero, ¿cómo era posible que las puertas no estuvieran?

Di los diez pasos que separan mi habitación del comedor y me di cuenta que no había un sol iluminando el comedor.

Me acerqué a la ventana, el cielo era morado. Mis manos se posaron en la ventana y como si estuviera contando en el colegio con el dedo índice, empecé a decir en voz baja “Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡seis!”

Había en el cielo cinco orbes rodando alrededor de un sol, su color no era claro era morado casi granate, como el de la planta. Del susto, caí al suelo.

Guido seguía aferrado a la ventana ladrándole a él. Bueno, a ellos, a los seis soles. Me levanté para corroborar lo que estaba viendo. Efectivamente, el pueblo seguía allí, pero estaba bañado por una luz morada que provenía de los seis soles.

¿Dónde estaba? Me pellizqué. Por un momento, creí que en una enagenación nocturna me había drogado. Pero llevaba limpio seis meses y no había droga en casa. Esa opción era imposible.

¿Qué era aquello? Fui corriendo al sofá a por mi móvil. Tenía la pantalla morada, mi foto con Guido había desaparecido. Me reconoció la cara como siempre, pero algo era distinto. Marcaba 1 de junio de 2006, eran las 19:00. Nunca había lanzado mi móvil contra el suelo, pero la desesperación me hizo hacerlo. Corrí directo a mi habitación. Abrí la puerta, entré...y salí al pasillo. Pero no por la misma puerta, sino por la de la cocina.

No me lo creí, debía haberme confundido con tantas prisas.

Volví a entrar a mi habitación y esta vez salí desde el baño pequeño otra vez al pasillo.

¿Qué está pasando?

No me dejaba entrar a mi habitación, probé a entrar a la cocina, salía otra vez al pasillo; entré al baño, volvía al pasillo; intenté entrar al trastero, algo me devolvía al pasillo. El sudor me empapaba. El nivel de ansiedad era insoportable.

Y entonces escuché algo.

*Tears stream down your face  
When you lose something you cannot replace  
Tears stream down your face, and I...*

No era real. Miro hacía el fondo del pasillo, ¿la planta estaba cantando Fix You?  
Pero no era la voz de Chris Martin, era la voz de Rocío Jurado.

Había escuchado tantas veces a ambos que no podía equivocarme. Era ella, cantando en inglés.

La voz provenía de la planta morada, inmóvil frente a la puerta de la habitación de mi madre.

Las piernas me temblaban. Guido había venido del comedor ahora a ladrarle a la planta. Por lo menos él tenía el valor de enfrentarse a lo que fuera que estábamos viviendo. En ese momento pensé en Dorothy en el Mago de Oz, y Guido era mi Toto. ¿La casa había volado durante la noche? Eso era imposible.

La puerta de mi madre estaba cerrada. Era la única que no había intentado cruzar en mi intento desesperado de huir de aquel mundo. Realmente, desde su muerte no la había cruzado, no me había atrevido. La planta seguía cantando en aquel 1 de junio de 2006.

*But if you never try, you'll never know  
Just what you're worth*

Abrí la puerta. La música seguía. Su habitación estaba vacía

¿Dónde estaba su cama, sus muebles y sus cosas?

Me decidí a entrar, pero me paró el móvil vibrando. Una notificación de la aplicación de noticias salía en la pantalla, “La cantante Rocío Jurado muere a los 61 años”. No me lo puedo creer. ¿Qué significa esto? Aún así dí un paso más y crucé la puerta.

Esta vez no salí al pasillo.

Era la misma habitación, pero las paredes eran amarillas, típico color amarillo ocre de principios de los 2000. La cama era de cuerpo y medio. Al lado del armario empotrado había una mesa camilla con mi carpesano de selectividad encima. Las fotos de actores famosos sobre un papel de periódico no me hizo dudar que fuera mío.

No me lo podía creer, era mi habitación.

Durante bachillerato mis padres se separaron y yo ocupé su habitación como solución para todos los problemas. Así ellos compartían la casa sin tener que dormir juntos. Una vez fallecido mi padre, y yo lejos del pueblo, mi madre volvió a usarla.

¿Estaba realmente en 2006?

Siento un olor a rosas y suavizante. Me giro con miedo.

Mi madre entra por la puerta. ¡Ella estaba allí!

Las piernas me empezaron a temblar.

Iba vestida con el uniforme de limpieza de la residencia. Me miró como si nada fuera extraño.

Me quedo seco. Paralizado.

Ella me miraba extrañada, se la notaba inquieta dentro de esa tranquilidad que ella siempre transmitía.

Me puse a llorar y a temblar. Pero mis lagrimas se bloquearon cuando me toqué la cara para quitarme las lágrimas. ¿Dónde estaba mi barba?

¿Era yo con diecisiete años?

¿Qué estaba pasando?

Lloré otra vez al verla delante de mí.

La notaba extrañada; no le escuché lo primero que me dijo. Solo entendí las palabras "lloras", "bachiller" y "nervioso".

Me tranquilizó y me pidió que nos sentáramos al lado de la mesa camilla. Se sienta y yo también, muevo la silla para estar cerca de ella. Comenzó a tocar el carpesano, y a doblar las esquinas. Noté su mano un poco temblorosa.

- ¿Hás visto lo de Rocio Jurado? Pobrecita, ya descansa.

Su voz era extremadamente baja, como si algo de esa noticia se clavase en su piel. No me creía que estaba delante de ella. La toqué mientras pensaba en todo lo que le habría dicho durante estos diez meses sin ella. Únicamente me salió

- Mamá, te quiero y te echo de menos.

Ella frunció el ceño. Me miraba extrañada como si viera en mí algo que no es normal. Pero yo estaba bloqueado, no puedo pensar en nada más. Le volví a tocar las manos, sus nudillos comenzaban a tener arrugas. Ella me respondió.

- Ay cariño! Pero si estamos siempre juntos. Hago muchas horas en la residencia, lo sé. Pero necesitamos el dinero. En nada llega la universidad y lo vamos a necesitar más que nunca.

Su voz era temblorosa. En ese instante su mirada se llenó de sombras. Algo de ella estaba roto. Algo me quería contar.

- Tete, te quiero – Me dice mientras me coge de la mano - ¿Tú sabes cuando te quiere la mamá?

Yo le respondí.

- Y yo a ti también te quiero, mamá

Ví como sus ojos se cerraban y respiraba profundamente. Pero ese aire no le llenaba sus pulmones. Notaba sus labios vibrar.

- Ayer, a la mamá le dijeron que el bulto que tiene en el pecho es cáncer.

El tiempo se desplomó. El aire desapareció.

Todo mi cuerpo se sacudió con un temblor que no podía controlar.

Su mirada se bajó, pero sus ojos se volvieron a abrir para dejar salir las lágrimas que enseguida cayeron por sus mejillas.

Yo me sentía roto.

Me desplomé de rodillas. Me quedé aferrado a sus pequeñas piernas como si fuera lo único que existiera en el mundo. Como si ese abrazo bloquearía todo paso de vida. Le dije lo único que me salió del alma.

- No quiero que te mueras mamá.

Esto lo dije la primera vez.

Esto lo he vivido.

Yo ya he estado aquí.

Me lo contó el mismo día que Rocío Jurado moría. ¡Es verdad!

No recordaba que fue un 1 de junio. Tenía claro que fue el 2006.

Ella me comenzó a abrazar la cabeza, me acariciaba el pelo y me arrastraba sus manos por la espalda. De repente, veo el logo de su residencia, eran cinco puntos rodeando otro más grande.

- Calla cariño. Mi capitán. No llores. Estoy aquí.

Su voz ya no es un refugio. Es una tormenta. Veo los goteros. Siento el olor del hospital. Yo he estado aquí. Pero también estuve allí.

Notaba su miedo. No tenía miedo al cáncer. Solo pensaba en que no quería hacerme daño a mi. Solo quería querirme.

- Mamá...
- Mírame, cariño.

Levanté la mirada. Me fijé otra vez en su camisa, miro los seis círculos azules del logo de la residencia. ¡Los seis soles!

Levanto la mira y miro sus ojos, son dos mares llenos de amor. Y de algo más. De despedida.

- Voy a luchar, ¿me oyes? Como siempre. Como tú. Porque tú eres fuerte.
- No quiero ser fuerte, mamá... Solo quiero que te quedes conmigo.

Dice algo que no entiendo. Su voz es un eco. Oigo el sonido del huracán que me despertó por la noche.

Todo se volvió borroso. La planta comenzó a cantar. No fui consciente que llevaba un tiempo sin hacerlo.

Y entonces...Seis flashes de luz salieron del logo de su pierna.

Silencio.

No estaba abrazando a nada. Volví a estar en su habitación. Pero la de ahora. La misma que la despidió. En la misma que oí ese crack del fin de un ser humano. Me giro y me fijo que seguían las mismas sábanas en las que murió.

La planta cantaba. Pero notaba algo extraño en ella. Salí al pasillo y la miré detenidamente.

Los agujeros de las hojas de la monstera parecían bocas. Ahora era verde, pero los labios estaban pintados color granate

¡No!

Era morado y no era pintalabios.

Era cera.

Ahora era Chris Martin cantando.

*Se nos rompió el amor  
de tan grandioso  
jamás pudo existir  
tanta belleza*

El color morado. Ese color morado. ¿La vela? El color de la vela.

Yo llevaba una vela color morado rabano de Loewe en su entierro. Se la había regalado meses antes de su muerte. Me aferré a ella durante esas últimas horas junto a su cuerpo. Recuerdo el sudor en mis manos que me generaba tocarla.

La encendí una vez llegamos a la iglesia. La llama prendió. Noté que su espíritu se iba a través del calor de la llama.

La vela estaba en el comedor, me fije en ella nada más llegar a casa. Corrí directo al comedor con las lágrimas cayendo por mis mejillas. Ya tenía barba, notaba los pelos moverse por mi cara.

Abro las puertas del comedor. Guido estaba durmiendo. Se sorprendió al verme entrar tan nervioso. Estaba amaneciendo. Un único sol iluminaba el comedor.

La vela seguía en su sitio, en el mismo lugar que la había dejado después del entierro. Llevaba polvo, pero abracé ese trozo de cera que había dejado allí una vez la incineramos.

La vela era ella.

Abracé a la vela. Sentí su calor en mis manos.

No era fuego, era ella.

Era Milagritos.

Sentí que volvía a nacer.

Volvía con ella.